

Crónica

Damos en esta sección parte de las noticias que por razones de espacio no nos fué posible insertar en el número anterior de *Verbum*.

Acaso no falte quien estime tardía la inserción de esta crónica de actos universitarios cumplidos hace ya tiempo en nuestra facultad, tanto más cuanto que dichos actos encontraron oportunamente un ancho e inmediato comentario periodístico. De todos modos, el valor documental que para la historia del desenvolvimiento de nuestra casa tienen algunas de esas noticias, justifican, aun hoy, su inclusión en estas páginas.

La transmisión del decanato

El 26 de octubre del año pasado se efectuó, según se recordará, la transmisión del decanato. Esa ceremonia dió ocasión para que se manifestasen hacia el decano saliente, doctor Coriolano Alberini, toda suerte de congratulaciones por su eficaz y brillante gestión al frente de la facultad, y para que se descontase, por adelantado, el éxito del nuevo período que a partir de ese día inauguraba auspiciosamente el doctor Emilio Ravignani.

Sin detenernos a repetir aquí el ya difundido informe periodístico de la ceremonia, nos limitamos a insertar los discursos pronunciados por el decano saliente y el decano entrante, a quienes

acompañó en el uso de la palabra el entonces presidente del Centro de estudiantes, señor José Angel Camurati, cuyo oportuno discurso fué muy aplaudido.

Dijo el doctor Alberini :

Poco afecto a la elocuencia administrativa, no se espere de mí que deje el decanato infligiendo la lectura de una prolija memoria oficial rebosante de hazañas reales e irreales. La memoria es un género literario que, como dijo Oscar Wilde, se cultiva precisamente cuando uno comienza a perderla. Pero como no quisiera incurrir demasiado en la vanidad de crearme una excepción, diré, ante todo, que así como me fué singularmente grato ser designado para este cargo, con la misma franqueza manifiesto la grátisima satisfacción de dejarlo. Y de tal modo me expreso porque, en realidad, ya nada tengo que hacer. Todo lo que podía cumplir, hecho está, o a punto de realizarse. No me falta la clara conciencia de los problemas primordiales suscitados por el progreso de la facultad, pero también sé que algunos de ellos ya no podría yo resolverlos. Un decanato es un instrumento de trabajo cuyo uso supone también el favor de las circunstancias. Por eso no he podido cumplir algunos de mis propósitos. De lo cual, en cierto modo, me alegro, porque es prudente dejar algo para los sucesores, máxime cuando se trata de hombres capaces de trabajar con energía, amor a la casa e ideas claras, según ocurre en el caso del doctor Ravnani.

Empero, no sería del todo inexacto afirmar que la Facultad algún progreso ha realizado durante los últimos tres años, y ello no obstante la brevedad de este decanato, pues en rigor sólo he ocupado el cargo durante dos años y pocos meses. Es sabido que estuve ausente del país por espacio de seis meses, los más importantes del año 1926, en viaje a Norte América como representante de la Argentina y de la Facultad en el Congreso internacional de filosofía de Boston. A este respecto considero justo recordar que durante mi ausencia ocupó el decanato el profesor Clemente Ricci, quien puso en sus funciones todo su prestigio científico, su diligencia y su recia lealtad.

Lo relativamente breve del período no ha impedido llevar a cabo serias reformas administrativas y espirituales. No me corresponde complacerme demasiado en la historia de tales mejoras, muchas, muchísimas de las cuales ni siquiera me he tomado la molestia de documentar, movido por cierto pirronismo histórico, legítimo cuando la documentación es cosa pergeñada por los propios interesados, ávidos de esclarecer el espíritu de la posteridad. Por mi parte, pro-

dejar el tema a otros. Ahí quedan las actas del Consejo directivo y también la tradición oral de amigos y enemigos. De seguro se ganará en objetividad, caso de no ser enemigos. — especie que alguna vez he cultivado con ingenio y tenacidad, movido por el cariño que me vincula a esta casa. En todo caso, si de veras son adversarios tan ingentes como parece, tanto mejor: siempre cabría consolarse con aquello de que las reputaciones se fundan sobre calumnias. — De mí sé decir que en el ejercicio del decanato he puesto una gran ecuanimidad, no obstante haber llegado a ocupar este cargo en un período singularmente revuelto por obra y gracia de los conocidos enemigos de la Facultad, tanto internos como externos. Ciertamente semejante atmósfera se ha disipado, y cumple a mi justicia manifestar que la labor de este decanato contó con el apoyo del profesorado, de los alumnos, quienes me eligieron decano, y de todos los miembros del personal administrativo y técnico de la casa. En estos tres años hemos disfrutado de una paz absoluta. Sin este ambiente de cordialidad y de sensatez es seguro que no hubiera podido realizarse la obra del Consejo directivo y del decano. Ello prueba que si no resulta oportuno ofrecer ahora una memoria, lo es, y mucho, hablar del espíritu de la acción cumplida, pues él suele no presentarse en documentos de esta índole.

Este decanato constituye una experiencia. Por primera vez llegó a ocupar cargo un egresado de la facultad, y quizá tengamos algunas razones para presumir que el experimento no fué totalmente malo. Sea como fuere, sospecho que para dar con algo peor fuera menester llevar a estas funciones a algún ruidoso profesional del gobierno universitario, especie abundante en ese mundo llamado ahora de los « maestros de la juventud », calidad que no siempre importa saber y dignidad intelectual, pero, en cambio, a esa especie no se le puede negar cierta soltura, salvo tal o cual accidente, para cultivar la industria política del vago idealismo juvenil en ambas márgenes del Riachuelo.

En nuestra Facultad casi no hay « maestros de la juventud », probablemente porque abundan los profesores que de veras saben sus materias y viven con modestia, como cumple a verdaderos maestros. Ello significa que no les domina la lubricidad de nombradías sin prestigio, ni dominan el arte de cabalgar espectacularmente sobre los grandes lugares comunes del momento, ni escriben libros ni folletos que algún día serán preciosos documentos para la historia de la incultura latinoamericana.

Siempre he pensado que lo malo de la reforma universitaria no reside tanto en el amor al alboroto, sino en lo que a menudo ella implica de barbarie intelectual, bien notoria aun cuando a veces se disfraza con principios innegablemente generosos. Tengo para mí que lo mejor de la reforma universitaria es el fermento

juvenil, en cuya eficiencia creo, porque constituye el mejor estímulo para los profesores. Merced a él, los que de veras son maestros actualizan lo más selecto de sí mismos. Por eso debemos depurar el fermento juvenil y trocarlo en energía específicamente universitaria. Comprendo que la tarea no es fácil si se considera cuán corrompido está por obra y gracia de las ideologías políticas de los más mirabolantes «maestros de la juventud», que, por lo general, no son hombres de estudio, sino espíritus llenos de furia militante y codicia política. Reconocemos que ellos también tienen su papel en la vida social, pero siempre que actúen en la calle, no en la universidad, y mucho menos cuando se trata de una casa esencialmente lírica cual es la nuestra.

La Facultad de filosofía y letras, que tanto pugna por instaurar una cultura argentina substancial, rara vez, sea dicho en su honor, ha tomado en serio a estos indómitos parásitos de la ingenuidad, pero, hay que decirlo, tampoco, por lo menos después de la reforma, en esta casa se ha dado importancia a los del bando opuesto, quienes profesan la teoría según la cual las «personas distinguidas», deben gobernar la universidad y claro está que de la distinción tienen un concepto fundamentalmente *social*, esto es, de crónica social.

Por nuestra parte, creemos que el diletantismo cultural de los demagogos es tan lamentable como el oligárquico de antaño. Fuera injusto negar que la vieja oligarquía porteña no haya tenido sus méritos, y muy grandes, mas no confundamos una oligarquía intelectual, sin duda de escasa enjundia científica, pero vigorosa y oportuna, con su presente espuria prole espiritual. Ambas formas de las fuerzas que aspiran a dominar la Universidad nada tienen que ver ya con los intereses auténticos de una nueva Universidad, que no será nueva sino en la medida en que logre carácter severamente democrático y cultural.

La insubstancialidad y el dogmatismo efectista, sea el que fuere su color político — blanco, negro o rojo — penetra la base del consabido ideario demagógico u oligárquico. Se explica: no son primordialmente hombres de estudio a la manera europea o norteamericana, sino hombres políticos y por demás múltiples en un tipo de actividad muy propia de épocas inorgánicas. Lo mejor de ello hay que buscarlo en la vocación para el cargo público, para la burocracia eminente, que no deja de ser tal, a pesar del humo fuliginoso de sus vagas ideologías conservadoras o revolucionarias. En definitiva, tienen alma de funcionarios. Como se creen hombres de acción y colocan a ésta por encima del pensamiento, se complacen en poner una mirada incrédula sobre la universidad concebida como casa esencialmente científica, inspirada en la idea de que el espíritu vale más que sus circunstanciales productos prácticos y por tanto susceptibles de ser superados por las nuevas formas de un pensar inquieto. He

ahí la verdadera base de la libertad universitaria. Su lema podría ser la frase con que un egregio pensador contemporáneo, Brunschviég, termina la más grande de sus recientes obras: *La vérité délivre à condition seulement qu'elle soit véritable*. Muy otra es la lógica de los lugares comunes, de la acción inmediata.

Para colmo de suerte, estos aficionados a la universidad hasta disponen de sistemas filosóficos semiantiintelectualistas que, interpretados parcialmente, suministran materiales dialécticos contra el espíritu radicalmente científico de la Universidad. Por eso suelen explotar los conceptos vitalistas de Ortega y Gasset, en un sentido que el maestro español no autoriza, y dicen: « Cultura sin vida es bizantinismo; vida sin cultura es barbarie ». Semejante filosofía, les permite sentir un cierto horror por las formas esenciales y desinteresadas de la cultura, sosteniendo que el saber debe subordinarse a las « emociones sociales », como ahora dicen. Olvidan que el saber es siempre fecundo para la sociedad, así se trate del saber más bizantino. Sin la especulación de muchos hombres de gabinete ¿podrían explicarse tantas formas gloriosas de la ideología militante? En realidad, unos crean el bien, otros lo difunden y cumplen. Eso es todo. Pero mezclar demasiado ambas funciones constituye una manera de conspirar contra el advenimiento de las formas inéditas del bien, las cuales, por lo común, sólo son intuídas por hombres en cuyo cráneo no hay lugar para las sonoras sensualidades de la vida pública. De todo ello se colige que la universidad no debe ser el órgano de ninguna verdad oficial. Quizá estos políticos de la universidad lo ignoren, pero, quieras que no, están profesando un concepto de la universidad que es del más puro gusto medieval.

El sentido lírico de la cultura es condición ineluctable para la existencia de nuestra Facultad y de una Universidad sin universalismo. Y no se diga que tal concepto nos lleva a lo hermético. Superfluo fuera recordar que nuestra Facultad — precisamente por la situación social de sus profesores y alumnos, la más democrática de las casas universitarias —, es también la que siempre ha ejercido con mayor intensidad la extensión universitaria, quizá porque es de las pocas que tiene algo que extender.

Ello no impide, sin embargo, admitir que la obra realizada por la facultad, se dirige preferentemente a los problemas esenciales del espíritu humano. De cualquier manera, cabe reconocer el derecho que asiste a otras facultades para complicarse con intereses más inmediatos, sin duda muy necesarios y respetables, pero no es menos cierto que debe celebrarse la existencia de una institución donde el espíritu humano pueda alguna vez refugiarse en lo mejor de sí mismo, pues la meditación sobre los problemas de los valores humanos supre-

mos es previa, en última instancia, a cualquier otro valor. Ciertamente que tal fue siempre el espíritu de la Facultad, pero nunca él alentó con más vigor que en los últimos años. En cuanto a mí tales fueron los conceptos rectores y el punto donde he puesto toda la energía intencional de este decanato.

La mayoría de las reformas materiales realizadas en estos dos últimos años, no han sido sino una manera de crearle a la facultad los órganos necesarios para que ella pueda imponer su espíritu, y fuera de duda que comienza a imponerse. Nunca como ahora la facultad ha gozado de mayor consideración pública y oficial. Bien lo prueba, entre otros hechos, el gran desarrollo alcanzado por la extensión universitaria, cumplida a veces con el concurso de las primeras figuras científicas del mundo, algunas de las cuales hubo casos en que actuaron delante de verdaderas multitudes.

Recientemente se ha inaugurado el Museo etnográfico de la facultad. Si es necesario ofrecer un dato para evidenciar la trascendencia que tiene este acontecimiento para la cultura pública, diré que en el espacio de un mes el museo fue visitado casi por dos mil personas de todas las clases sociales. A este respecto, permítaseme referir un hecho que me ha causado una satisfacción un tanto irónica. Días pasados el museo recibió la visita de un grupo de obreros. Iban dirigidos por un conocido concejal socialista y acompañados por cierto diputado de análoga fe política. No recuerdo el nombre de este legislador. Sólo sé que de su dulce perfil facial emana un singular encanto filogenético, claro símbolo de un alma siempre pronta a perdonar los defectos de la carne y del espíritu... Reruidos — los obreros — en la sala de las religiones, el abundante concejal pronunció una breve disertación señalando la importancia científica y moral del museo. En ese acto hablaron también el profesor Rivet y el director del museo, doctor Debenedetti. Este episodio, presenciado por mí, bien probaba que la facultad no era una institución inútil, puesto que los primeros en aprovecharla eran los obreros y sus conductores. Entre éstos se encontraba el mentado legislador, especialista en reelecciones de alta frecuencia, el cual, hace dos años, vociferaba en el parlamento la inutilidad de nuestra casa... En nombre del positivismo insinuó la supresión de la Facultad de filosofía y letras.

Como se ve, bien ha hecho el decano en cuidar con ahinco la organización de los medios, pues sin ellos fuera imposible realizar programas de cultura. Teníamos museo, pero sepultado en un sótano. Hemos logrado la casa adecuada y ahora podemos mostrarlo al público. Por eso se ha cultivado recíprocamente esta política de los medios en función de los intereses espirituales. Tanto se ha cultivado, que, de un modo o de otro, y no obstante carecer de aumento

en los presupuestos normales, se ha conseguido, en los últimos tres años, movilizar a favor de la facultad la suma de casi setecientos mil pesos, todo ello merced al apoyo de dos eminentes rectores, doctores Rojas y Arce, y con la ayuda del señor intendente, doctor Carlos Noel, quien nos ha concedido la vieja casa de la Facultad de derecho donde está instalado el museo. Debo agregar que en el Concejo deliberante existe un despacho favorable destinado a suprimir el alquiler de esa casa, por considerar que el museo presta un gran servicio a la cultura pública.

De aquella suma, quinientos mil pesos están destinados a las obras del futuro edificio de la facultad. Los restantes doscientos mil corresponden a la instalación adecuada de los tres grandes edificios que ocupa la facultad.

No sólo se ha cumplido la reforma física de la facultad, sino que por ella también se han realizado reformas intelectuales. Los estudios de la facultad comienzan a tener una forma más concreta, merced a la organización de los seminarios, cursos de lecturas comentadas y trabajos prácticos seriamente realizados.

También se ha reformado el plan de los estudios. La reforma no ha sido sino una manera de continuar una tendencia revelada en planes anteriores. Dentro de la unidad humanista, de la solidaridad entre la historia, la filosofía y las letras, se ha llegado a organizar cada una de las tres secciones instaurando una cierta especialización en las tres ramas.

No tenemos, claro está, demasiada fe en la virtud de los planes de estudios, pero existen buenas razones para presumir que el nuevo plan será un excelente recurso formal para alcanzar un mejoramiento de la enseñanza.

Pero si la facultad mucho ha ganado en punto a progreso material e intelectual por obra de sus institutos científicos, fecundos en publicaciones, y mucho ganará también merced a los institutos científicos fundados durante este decanato, como ser el de didáctica, lenguas clásicas, filosofía, historia antigua y medieval y otros, no menos significativo es la obra que se ha cumplido en el terreno moral y, hay que decirlo, político. Sea el que fuere el concepto inspirado por algunas modalidades de la reforma universitaria, lo cierto es que ella ha sido fecunda en nuestra facultad. Y lo fué porque nuestro reformismo se hizo sin política de comité, y consiguiéndose, así, instaurar una reforma universitaria en función de la alta cultura, al revés de lo acaecido en otras facultades, donde primó la barbarie demagógica y el culto de la incompetencia. Nuestra brega fué áspera, pero, en definitiva, sin barbarie y sin logrerismo de bajos fondos universitarios.

Durante los últimos años la facultad salió del olvido, vigorizó su espíritu,

consiguió su autonomía política y espiritual, abrió la cátedra a sus egresados, se impuso al público y a las autoridades y dió muestras de vitalidad en todos los órdenes. Prueba de ello, entre otras, es que por primera vez llegó al rectorado un hombre de nuestra casa, e inútil y también injusto, cuando no hipócrita, fuera negar que los hombres de nuestra casa desempeñaron un papel de gran eficiencia en todas las más arduas y agitadas situaciones univertitarias, actuando siempre con un profundo respeto por el valer de los hombres y con clara conciencia de los intereses más permanentes de la universidad y de la cultura.

Tales fueron los conceptos rectores de este decanato.

Tenemos el convencimiento de que este impulso animador continuará fecundamente. Para contribuir a crearlo me precio de haber puesto en juego muchos años de mi mejor energía, ya que el decanato no ha sido sino un episodio, el más manifiesto y honroso, de mi acción en mis luchas por el incremento de la facultad. Tócale ahora el turno a uno de mis más viejos amigos y brillantes condiscípulos. No domino la técnica de la hipóbole. Pero puedo, con toda conciencia, afirmar que la facultad ha encontrado al hombre que necesita. Pertenece a esa categoría de ex alumnos que si son hijos de la facultad, luego, mereced a un grande amor por la institución, a una inteligencia definida y concienzuda, saben, antes de llegar al decanato, merecerlo de veras. Es conocida su obra frente al Instituto de historia. Para hombres como Ravignani el decanato no es una lotería, como suele ocurrir, ni llega a él en virtud de una perversión de la teoría del egresado, teoría excelente cuando el egresado merece serlo y conviene a la facultad su exaltación al decanato. Pero cuidémonos bien de las exageraciones propias de la petulancia gremialista. Así como ha servido para emancipar a la facultad, tal teoría, cultivada, con estrechez de espíritu, sería el mejor instrumento para entorpecer el prestigio de esta casa.

Profesores y alumnos han coincidido en el nombre de un ex alumno y profesor formado en la facultad, pero no meramente por ello, sino por ser el doctor Ravignani el hombre del momento. Otras facultades pueden permitirse el lujo de crearse decanos decorativos, a menudo productos del azar, de la pasión o del interés, aunque a veces ello, en general, no resulte un grave inconveniente, puesto que se trata de instituciones consolidadas. No es el caso de nuestra casa. La Facultad de filosofía y letras ha entrado en un periodo de madurez, después de muchos años de vida enclenque. Abundan ahora perentorios problemas prácticos, tales como el comienzo de las obras del futuro edificio, el valor de los diplomas de los egresados ante el ministerio de Instrucción pública, la obtención de fondos para publicaciones de los institutos cienti-

ficos y otras cuestiones de que el doctor Ravignani tiene clara conciencia y magnífico espíritu ejecutivo para resolverlas. Ya dije que el decanato no es sino un instrumento de trabajo. Pues bien : no nos cabe la menor duda de que el instrumento está en buenas manos.

Seguidamente, el doctor Ravignani respondió en estos términos :

El acto público a que asistimos es el más honroso de mi vida universitaria. El cargo que se me ha discernido por el voto unánime de profesores y estudiantes, abre en forma augural mi gestión que, en todo momento, procuraré inspirarla en la mayor sinceridad de propósitos, elevación de miras y finalidad de engrandecimiento y de prestigio de nuestra Facultad.

Las exigencias de una práctica imponen dar a todo esto cierta trascendencia. No logro ocultar, antes que nada, una primera reflexión : difícilmente manos más cordiales que las del señor decano saliente podían transmitirme el gobierno de esta casa, en la que hace 24 años viniera a ella como estudiante, con la única aspiración de aprender.

Reconozco que la recibo cultural y administrativamente consolidada, después de vicisitudes que sólo nuestra generación, una de las primeras que la frecuentaron, podría referir. Es evidente que a quien se retira corresponde decir más que al que entra : él la hecho, y yo aspiro a ser útil en un grado mayor de lo que lo he sido, hasta ahora, en la dirección del Instituto de historia, en la cátedra y en las tareas del Consejo superior. Pero tampoco será superfluo que nos demos cuenta de nuestra posición ante la perspectiva histórica, para así concretar las obligaciones que nos incumben.

Permitidme una excursión en el recuerdo. Llegué a la Facultad cuando aun aquel delicado espíritu que se llamó Miguel Cané la presidía. Con su reemplazo por el doctor Norberto Piñero, en 1904, cierra el primer ciclo que partiera de 1896. El doctor Piñero puso en práctica un plan de organización científica y administrativa que debió abandonar a comienzos de su ejecución, dando cabida a un profesor de la casa, el doctor José Nicolás Matienzo, que actuó desde 1906 hasta 1912. Durante estos seis años se sale de una crisis de existencia, diremos, y se adquiere contra toda oposición, a duras penas, una personalidad que, en los últimos tres decanatos, permiten sacarla de su estado de enciencita dentro de la Universidad. En el decanato referido se abrieron sus aulas a las conferencias de cultura general con la ayuda de personalidades extranjeras y argentinas, comenzarán a funcionar activamente los laboratorios, secciones de trabajos científicos y biblioteca y pasarán al plano del recuerdo los

sinistros propósitos de supresión. Después del doctor Matienzo vuelve, por unos meses, el doctor Piñero, quien, llamado por segunda vez a un alto cargo nacional, deja el sitio al profesor doctor Rodolfo Rivarola, que afirma y perfecciona la orientación de la facultad. Y cuando por tercera vez el doctor Piñero asumía la dirección, al poco tiempo se implantaba la reforma de 1918, que renovó totalmente la estructura de la Universidad y trazó el camino a las posiciones directivas a nuevos profesores. El doctor Alejandro Korn cumplió el primer decanato de la reforma, de 1918 a 1921; a éste siguió, por voluntad unánime, el doctor Ricardo Rojas, hasta 1924, y desde entonces hasta el día de hoy, cúpole el honor de la dirección al señor Alberini. En este tercer ciclo, de 1918 a 1927, la facultad ha alcanzado un feliz experimento de una reforma bien entendida y mejor practicada. El contenido de la enseñanza se ha renovado paulatinamente, y mediante los cursos y conferencias no sólo se han divulgado los conocimientos para los alumnos, sino que se ha preparado un público asiduo, culto y deseoso de seguir los últimos progresos del saber. La universidad nos ha dado, por su parte, la posición que nos corresponde; el dinamismo constructivo del ex rector doctor José Arce, y la solidaridad del actual rector, doctor Rojas, con nuestra obra, han permitido un desarrollo promisor.

Pero hay otro aspecto interesante que apuntar. Si se medita sobre la significación cultural de las personalidades que han presidido nuestra facultad, hallaremos un evidente predominio de la filosofía y de las letras. Esta mi designación importa dar paso, también, a uno del núcleo de profesores que se consagran a los estudios históricos. A mi juicio, y haciendo caso omiso de las personas, creo que con esto se alcanza un equilibrio y una ponderada estimación de las tres ramas que integran las disciplinas de la Facultad.

Se ha practicado y se practican, cada vez más, las conferencias de hombres representativos de la ciencia europea. Ya se han colmado las mayores aspiraciones. Sin embargo, queda todavía algo que realizar en esta obra. A mi entender, ha llegado el momento en que nuestros profesores, con decisión, se lancen, a su turno, a la conferencia pública, en forma de ciclo, fuera de lo que les corresponde por imposición de la cátedra. Cotidianamente suscítanse nuevos problemas y nuestras enseñanzas deben fijar rumbos, gravitar en el ambiente, aspirando a la difícil tarea de consagrar méritos y estimular el engendro de obras valederas.

Señor rector, doctor Ricardo Rojas: vuestra presencia en esta ceremonia tan nuestra, tan íntima, tiene para mí un doble significado: el de incitar más mi dedicación y mi esfuerzo, por el eminente cargo que ocupáis en la Universidad, y el de exteriorizar una solidaridad docente, que enaltece vuestra carrera de

profesor. No puedo olvidar que por sobre todo continuáis siendo el maestro respetado y que vuestras enseñanzas acreditan la obra de las autoridades de la casa y, por ende, las de su decano.

Señores consejeros : respetuoso de la voluntad general, porque llevo en mí la vacuna democrática, necesito el apoyo de vuestro voto para que, en armónica tarea, imprimamos a nuestra casa un impulso ascendente que la mantenga en la situación de alto centro de desinteresada cultura dentro de la Universidad, y conquiste la categoría de orientadora de las especulaciones fundamentales de la ciencia.

Señores profesores y directores de institutos : compenetrado del esfuerzo que día a día realizáis en pro de la enseñanza y del progreso científico, no olvidaré en mi gestión el acicate de vuestras sanas aspiraciones. La vitalidad de la obra cultural reposa totalmente sobre vuestra dedicación, y ella exige una línea inflexible y continuada de labor, en tal manera que los estudiantes que frecuenten nuestras aulas y asistan a nuestros institutos sientan despertarse la vocación auténtica. De una norma de conducta sincera y sin oropeles depende en mucho el porvenir de la cultura argentina; consolidemos la irradiación que ya alcanza a otros centros docentes mediante el ejercicio del profesorado y la tarea de publicistas.

Señor presidente del Centro de estudiantes : vuestra presencia y la de vuestros compañeros me llaman al recuerdo; no puedo olvidar que me he sentado en esos mismos lugares que ahora ocupáis y que he vivido entre estas paredes horas de estudiante, intensas y de fecundas esperanzas; no logro borrar de mi memoria que unos veinte años atrás he contribuido a formar la institución que presidís y que de un modo auténtico traduce el conjunto de aspiraciones, que no las considero antagonicas con el progreso que todos anhelamos.

Manteneos unidos y fuertes; no os dejéis roer por el virus de la mezquina ambición personal. La nueva organización universitaria exige de los estudiantes un criterio sereno para vivir las instituciones que practicamos, porque éstas no pueden desprenderse de la conducta de los hombres; al contrario, esta última da existencia a aquéllas. La franqueza de trato entre los profesores y alumnos no significa que deban amenguarse la dignidad, las buenas maneras y el respeto recíproco. No confundamos autoridad con autoritarismo, cordialidad con carencia de energía. Desde ahora declaro que, por decoro de todos, no admitiré que se prefieran a las necesidades legítimas, engendradoras de progreso, las imposiciones arbitrarias, nacidas de estados de exaltación próximos a la paranoia, y que casi siempre vienen envueltos en una locuacidad tan turbia como desprovista de contenido. Entendámonos claramente, esto es, con ideas

precisas, palabras sencillas y de nuestro idioma. Contribuyamos a cimentar la autoridad: ustedes mediante el respeto digno y levantado, nosotros con pulcritud de conducta y práctica de sanos ideales. Sólo así enalteceremos el nombre de nuestra Facultad.

Doctor José Nicolás Matienzo: vuestra presencia da aún más relieve a este momento y para quienes hemos frecuentado vuestras claras enseñanzas. Sean cuales fueren las discrepancias ideológicas, siempre os consideramos un maestro. Más aun: permitidme que lo interprete como el saludo de los comienzos de nuestra facultad a la generación que vos y vuestros colegas formásteis y disteis estímulo. Con vuestro gesto se desmiente esa natural rivalidad o indiferencia que a menudo sienten las generaciones pasadas por las que le suceden. Es una generosidad que puede enorgulleceros y que sabremos recoger los que habéis contribuido a formar.

Y en cuanto a mi condiscípulo Coriolano Alberini, último a quien recuerdo en estas palabras — primero en mi estimación tanto intelectual como afectiva — sólo quiero asegurarle una cosa: que puede tener el pleno convencimiento que al sucederle no me perturbarán ni la malsana emulación que niega, ni el prurito de renovar una obra constructiva en la que personalmente existe un poco de mi inspiración personal. Y por encima de todo, agregaré que ni el ascenso en la vida pública podrá debilitar la amistad, ni ésta podrá perturbar la gestión de los intereses generales. Es tal la emoción que me domina en estos instantes que el lenguaje no fluye preciso como desearía para traducir mi hondo sentir; para remediarlo, apelaré a lo que dijera un gran estadista argentino, Carlos Pellegrini, cuando, en una colación de grados, recomendaba el cultivo de la amistad, de esa « amistad nacida en la vida común de las aulas, entre niños que comparten los primeros afanes y las primeras ilusiones, que juntos velaron en las horas dedicadas al estudio y que unidos se lanzaron en las primeras aventuras juveniles, [que] es el vínculo más grande que une a los hombres, [que] es el sentimiento más resistente a las vicisitudes de la vida. A medida que los años avancen ese sentimiento fraternal [sirve] para salvar muchos abismos, suavizar muchas aspiraciones y [ofrecer] aliento y apoyo en esas horas difíciles que en el ánimo más firme se siente desfallecer. No permitáis jamás que las pasiones de vuestra vida pública — agregaba — destruyan esas amistades, que no serán jamás reemplazadas; conservadlas como tesoro de vuestra vida íntima y defendedlas contra la acción destructora de la lucha de las ideas, aspiraciones y propósitos antagónicos, que es condición de la vida democrática ».

Señoras y señores :

Tanto el decano que me entrega tan alto destino, como los consejeros que, en adelante se concretarán a la vida docente, pueden considerar como indubitable que seré un infatigable continuador de la obra.

Pondré todas mis fuerzas al servicio del engrandecimiento de la Facultad. Cuidaré de mantener avivado el calor de la opinión de profesores y alumnos como estímulo de renovación constante de la tarea; trataré de conservar y acrecentar el prestigio de nuestras enseñanzas y de nuestra labor científica, a fin de que los alumnos sientan un activo y renovado interés en aprender por vocación y no por deber. Cuidemos que el saber que comporta el título sea denso y auténtico, ese título que defenderé en toda forma ante los poderes públicos. Mas como tantos propósitos es menester se cumplan en la tierra y no en las nubes, procuraré que las paredes de nuestro futuro edificio se desprendan de los planos y reposen sobre cimientos reales y no de ficción. Y por último, no olvido que nuestras enseñanzas requieren la ayuda oficial y privada; en este último caso haré un experimento, fomentando la contribución de los particulares en tal forma que influyan decididamente en el progreso de nuestra cultura.

Para tan altos fines necesito la ayuda de todas las voluntades que quieran acercarse; espero que tanto la apatía como las resistencias estarán ausentes. Siempre será un huésped gratisimo entre nosotros quien aporte algo constructivo, porque entiendo ejercer con celo nunca interrumpido una labor constructiva; el que la contrarie será para todos un cuerpo muerto, un elemento despreciable. Sobre todo esto no pueden haber discrepancias.

Demostración a los doctores Alberini y Ravignani

Pocos días después de la transmisión del decanato a que aludimos en la noticia precedente, un grupo muy numeroso de amigos y colegas de los doctores Alberini y Ravignani ofreció a éstos, al primero en su calidad de decano saliente y al segundo en su carácter de decano entrante, una demostración en los salones del restaurant « La Sonámbula ». En ese acto que alcanzó a reunir lo más significativo de nuestro ambiente intelectual universitario, hicieron uso de la palabra, entre otros, el rector de la Universidad, doctor Ricardo Rojas, el doctor José Arce, el poeta Capdevila y el